

## El cuento infantil

# Un valor en alza

**Teresa Durán**  
Escritora y crítica

Iba León Felipe, en el exilio, pidiendo: *No me contéis más cuentos*. ¡Me sé todos los cuentos! Ése es un buen ejemplo para mostrar hasta qué punto la palabra cuento puede utilizarse como sinónimo de paparrucha. Y sin embargo, el poeta conocía bien el valor del cuento. El otro valor. Su gran valor.

El valor del cuento radica en su raíz oral. El cuento tradicional –el de *Pulgarcito*, *Blancanieves* o *Mariquita*– resume, condensa, enhebra todas y cada una de las propiedades narratológicas de los pueblos, sobre el soporte llano y coloquial, a veces rimado, de las lenguas. Nacidas, todas ellas, de la extraordinaria facultad del habla. Si perdiésemos el cuento tradicional, perderíamos el habla, un habla a veces tosca, a veces zafia, pero totalmente capaz de plasmar y transmitir los grandes valores de la persona humana: el amor, la gesta audaz, el ingenio, la superación... El cuento tradicional, nacido de todos para todos, con sus esquemas universales del bien y el mal, de lo real y lo irreal, de lo épico y lo lírico, de lo cómico y lo trágico, es, no lo olvidemos, universal. En este momento, y aunque en nuestras latitudes parezca mentira, sólo seis de cada cien personas en el mundo saben leer. Pero cien de cada cien tienen acceso a la literatura a través de los cuentos, leyendas, romances, sagas que se transmiten oralmente. Puede que en países como el nuestro, donde la proporción de alfabetizados es mayor, la comunicación oral se está perdiendo –o transformando en aras de lo escrito y lo mediático– pero también se constata, paralelamente, que el lenguaje se empobrece, que el vocabulario se reduce, que la sintaxis se resquebraja, que las gentes se escuchan menos... O sea, que un poco de oralidad, de retorno a las raíces, no nos iría mal.

### Lenguaje sencillo, puro

Bien enraizados en los esquemas narratológicos de la oralidad, surgieron los primeros cuentos infantiles, y desde *Andersen* hasta hoy, numerosos son los poetas, escritores y artistas plásticos que han ofrecido y ofrecen obras de su puño y letra para ser leídas y saboreadas por la infancia. Que niños y niñas encuentran un placer evidente en los buenos cuentos es incuestionable. Otra cosa es que la sociedad valore este placer en lo que vale. Y vale mucho.

Uno de los valores del cuento infantil estriba en el lenguaje. Despojados de toda retórica, abiertamente desnudos, el lenguaje de los cuentos es forzosamente sencillo, y en su sencillez, puro. Las palabras adquieren en él un valor prístino. Y –ahí radica la habilidad de quien lo escribe– estas palabras primigenias alcanzan para describir mundos, situaciones, hechos, personajes... complejos y completos. Un buen escritor de cuentos infantiles nota, siente bajo sus dedos, toda la meabilidad expresiva del lenguaje. Y juega con él. Construye mundos malabares que se convierten en las ficciones necesarias para entender los mundos reales.

## **Ficciones**

Al escribir la palabra *ficciones* me he adentrado en otro de los valores del cuento. Quienes le vilipendian por ser sustancialmente ficticio, quizá no se percatan de hasta qué punto la elástica capacidad cognitiva del ser humano está basada en abstracciones ficticias. Miren un mapa, por favor: Sevilla, Barcelona, Zarauz aparecen como puntos. ¡Qué mentira tan gorda! Sé –y se lo juro- que Barcelona no es, en la realidad, un punto. Pero ¡qué útil, el punto de Barcelona en el mapa! Mi comprensión de la realidad terráquea está enteramente basada en la ficción cartográfica. Y si ello ocurre así con la tierra que pisamos, ocurre también así en aquello que no pisamos, que no tocamos. Las tipografías del espíritu humano son, como la biblioteca de Babel, infinitas. En la realidad tangible no existe el 2, ni el triángulo, ni la historia. Pero, ¡qué útiles resultan, en su real irrealdad! ¡Cuántos conocimientos nos han proporcionado! ¡Cuán amplio el abanico de posibilidades al que nos abismamos si los interrelacionamos entre sí! Pues bien: la ficcionalidad del cuento es una más de las tipografías necesarias de la mente para su desarrollo cognitivo. Tanto más necesaria cuanto más incipiente es el desarrollo de esta mente.

## **Parámetros morales**

Entonces, ¿el valor del cuento infantil es mayormente cognitivo y lúdico (aunque lo uno incluye lo otro)? No tan sólo. El cuento infantil presenta, además, otros valores. Al leer un cuento infantil entran en liza los valores humanísticos de lo bueno, lo bello y lo verdadero, entendidos no como realidades terrenas sino como exigencias del espíritu. A los argumentos esgrimidos por el autor, responde el lector con un posicionamiento a favor, en contra o con indiferencia, que le lleva –a la larga, y cuando ha leído más de un relato- a ubicarse dentro de unos parámetros morales. El lector infantil anhela que los cuentos acaben bien, porque anhela que lo utópico sea cierto, que se haga realidad. El triunfo del amor y de la justicia, el fin de la miseria y la bestialidad, la supremacía de lo inteligente sobre lo cretino, que en el fondo son los temas recurrente de cualquier cuento, son anhelos que no sólo deseamos, sino que necesitamos todos para salir adelante. La contribución de cada cuento para que esto ocurra es mínima, si quieren, construida a partir de anécdotas argumentales ínfimas, pero diáfanas. Cada vez que en un cuento la generosidad, la amistad, la bondad, lo pequeño, lo frágil... ganan, satisfactoria y merecidamente, una victoria, el lector gana otra. La de ver corroborada su fe de que el mundo puede cambiar, a mejor, si uno se empeña en contribuir a ello.

## **Ningún dictador ha sido buen lector**

Me dirán entonces que el valor del cuento es utópico. Les diré que sí, que el cuento presenta el mundo más como posible, que como positivo, pero es que afianzar sólo lo positivo sería apoyar sin ambages la ley de la selva, la ley del más fuerte, de lo ganancioso, y no estoy de acuerdo ni con esto ni con cualquier otro fundamentalismo basado en una única razón. Porque en un cuento confluyen varias razones contrapuestas y en él se entabla siempre una dialéctica inteligente entre sus protagonistas, me gusta. Y me gustan las gentes a quienes les gustan los cuentos. La literatura, como todas las artes, y el cuento infantil puede y debe ser definido como una obra de arte, hace que sus degustadores sean más relativistas, más tolerantes, más abiertos a las expectativas de la realidad que los pragmáticos. De ningún gran dictador se sabe que haya sido un buen lector, porque los lectores de veras, al abrir las páginas de un libro se abren también a la pluralidad de los

mundos. Cuando un lector se confía a un autor, cuando vive, goza o sufre con las peripecias de un personaje de tinta y papel con aquella rara intensidad que la lectura es capaz de provocar, está demostrando ser capaz de meterse en la piel de los demás, de otras vidas, de otros mundos, de otros sueños, de otras opciones, lo que sin duda hará que su mente transgreda las determinantes coordenadas de espacio y de tiempo que el destino le otorgó.

El cuento infantil, una de las joyas más lúdicas de la corona literaria, una de las más ricas y plurales en registros, una de las más cercanas a la poesía, es también la piedra angular en el curriculum lector de las personas, para su armonioso desarrollo cognitivo, emocional, moral y social. Y si ello no les parece de mucho valor, si no están dispuestos a cotizar por él, apaga y vámonos.